COMEDIA FAMOSA.

LAS SIETE ESTRELLAS DE FRANCIA. SAN BRUNO.

DE DON LUIS DE BELMONTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Carlos, Rey de Francia.
Bruno, Galàn.
El Duque de Orliens, Galàn.
Dinèo, Barba.
Matilde, Dama.
Margarita, Dama.
Celia, Graciosa.
Beltràn, Gracioso.
Un Angel.
El Demonio.
Musica. Damas.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Sale Beltràn, Graciofo, de Gorron.

Beltr. QUe venga un hombre de bien
à curfar à las Efcuelas
de Paris, defde Galicia,
trayendo el dinero en letras,
que fe eftàn por eftudiar?
harto mejor fe profeffan
en Efquivias, que en Paris.
Grande es la Corte Francefa,
y fi en ella me acomodo,
ferà una de fus grandezas.
Mas què voces vàn haciendo
complices à las orejas,
pues fe meten à efcuchar
lo que no es ya por fu cuenta?
Valganme diez Refectorios:
vive Dios, que la pendencia
me quiere preguntar algo,
pues viene con tanta prieffa. *Efcondefe.*

Salen de Eftudiantes Bruno, con efpada defnuda, y Dinèo.

Dinèo. Què es efto, Bruno?
Bruno. Dinèo,
lo que vès. *Dinèo.* Afsi defprecias
con efcandalos tan nuevos
los Eftudios que profeffas?
No miras à Dios? no miras
tu honor? no miras las lenguas
del vulgo, que ya te ofenden
con tan pùblica licencia,
que el efcandalo te llaman
de Paris? Mira que dexas
burladas las efperanzas
de tus padres: las Efcuelas
por inquieto te aborrecen,
manchando con infolencias,
Bruno, la nobleza iluftre
que heredafte. No, no pierdas

mercedes, que por tu padre,
te hace el Rey, que ya grangèa
Bulas de Roma, y la gracia
de una Canongìa, sin estas
mercedes, otras mayores,
como prosigas las Letras.
Tu padre es (què gran favor!)
Camarero de su Alteza,
y por èl te quiere honrar;
pero advierte::-

Bruno. Què hay que advierta?

Dinèo. Que Numa, y Trajano son
desiguales competencias,
si à la justicia del Rey
atrevidamente llegan;
que no hay en nuestras edades,
ni en las futuras se esperan
exemplares mas gloriosos,
que los que el mundo celebra
del Christianissimo Carlos
Octavo, con tan severa
justicia, que no perdona
(perdone aqui la clemencia)
al Delfin su hijo, preso
seis meses ha por las quexas
de un Ciudadano ofendido;
porque con tirana fuerza
quiso, escalando su casa,
robarle una hermosa prenda
de dos hijas, que tenia:
y para que se divierta
el Pueblo, que està quexoso
de que à su Principe tenga
preso el Rey, hace en Parìs
los regocijos, y fiestas,
que veis prevenidos: tanto
en su pecho heroico reyna
la justicia. Y quando al Rey
(si esto es possible) no temas,
teme cercanas desdichas
de tu muerte, que la cuenta
siempre el Sabio tan vecina
de aquellas luces primeras,
donde comienza la vida,
blandos soplos que la alientan
(que, entre el Oriente, y su Ocaso,
blanca luz, y sombra negra;
entre el sepulcro, y la cuna
risa breve, y larga pena;
entre la flor, y el olvido,
que parece que la espera
la selva para olvidarla,
pues la burla, y la festeja
tan à un tiempo, que ella misma
de recibir se averguenza
limosnas entre desmayos,
entre agassajos ofensas;
pues flor, Ocaso, y Oriente,
sombra, luz, olvido, y selva,
cuna, lisonja, y sepulcro,
tanto se enlazan, y estrechan)
que el que lo contempla, mira
que un sueño los diferencia.
Viò un Santo en revelacion
la dificultosa enmienda
de un pecador obstinado:
viò una profunda caverna,
en cuyo centro asqueroso
estaban la boca abierta
(muestras de su hambrienta furia)
tanta mortal diferencia
de serpientes, que la Libia
engendra en su ardiente arena,
que unas arrojando matan,
como otras matando esperan:
Y viò pendiente de un arbol
à un hombre, que su defensa
era un delgado cabello,
que en el aire le sustenta,
y un brazo con una espada
tan aguda, y tan sobervia,
como si el cabello fuesse,
para su tràgica empressa,
las coyundas de Alexandro,
ò la compuesta materia
de metales; donde el bronce
sobre los siglos campèa.
Y el hombre en las amenazas
de una execucion sangrienta
(pues entre ella, y el castigo
un cabello se atraviessa,
tan olvidado, y tan loco,
que viendo en una floresta
entre musicas, y bailes,
que fantasticos le alegran,
las figuras de sus vicios)

con desesperadas fuerzas,
queria (lastima grande!)
romper èl mismo la cuerda
hecha de un cabello solo,
para arrojarse à la tierra,
donde los vicios le llaman;
sin advertir, que era fuerza,
en cortando el lazo inutil,
despeñarse en las sangrientas
bocas, que hambrientas le aguardan
para que perezca en ellas.
Tù eres el hombre, que pinto,
que entre sierpes, y culebras,
abismos, deleites, furias,
arboles, espadas, cuerdas,
peligros, obstinaciones,
ni te assombran, ni te enmiendan.
Bruno. Has dicho? *Dinèo.* Lo que bastàra
al corazon de una piedra.
Bruno. Quiéres escucharme? *Dinèo.* Sì.
Bruno. Pues escucha, y tèn paciencia;
que suelen los pecadores
como yo, causar molestias,
y enfado con sus palabras
à los que virtud professan.
Tù eres Santo, tus virtudes,
acreditadas con letras,
te han hecho digno Maestro
del Principe: tù grangeas,
con vida exemplar, al Pueblo,
que te aclama, y te respeta;
porque te corren, Dinèo,
obligaciones estrechas
por el oficio, y el nombre;
y aunque es una misma cuenta
la que debemos hacer
los que à la sagrada Iglesia
llamamos Madre, yo soy
mas mozo; la edad se arriesga
con el ardor, y la sangre.
Viste acaso en la dolencia
mas peligrosa à un enfermo,
que la salud le recetan
en los templados manjares;
y aunque èl conozca, y vea
los que le han de dar la muerte,
pide con ansias estrechas,
porque estorva el apetito,
quanto la razon ordena?
Assi yo, en la juventud
tan arriesgado, aunque advierta
la salud, que busca el alma,
en lo que tù me aconsejas,
como el amigo mayor,
el apetito se ciega
despeñado en desatinos,
donde corriendo tropieza;
pero ofrecense ocasiones
por desdicha de mi estrella,
que el escusarlas serìa
para un hombre honrado afrenta.
Soy inclinado à las armas,
y con espada, y rodela
gasto de noche las horas,
porque ellas no se me pierdan.
La ocasion de aora fue
resulta de una pendencia
de anoche, que un Capuchino
fuera milagro perderla.
Passè, pues, por cierta calle,
pidiendo al ocio licencia,
descuidado, como solo;
y hallando una casa abierta,
oigo descompuestas voces,
y entro à vèr la causa de ellas:
hallo al dueño de la casa,
que dos hombres le atropellan
con villanas amenazas,
sin que al pobre le valieran
las escusas, que ofrecian
su templanza, y su modestia.
Su muger los ayudaba
(mas què Christiana sobervia!)
que eran los dos sus hermanos,
à quien con voces, y quexas
contra el marido incitaba.
Pregunto: aqui la paciencia
fuera de provecho? no,
que el marido con tenerla,
le vì à riesgo que los dos
le matassen: mi presencia
les detuvo; supe el caso:
pero no aguardè à que fueran
por la absolucion à Roma.
Dinèo. Pues siendo la causa agena,
la tomas por propia? *Bruno.* Yo

no he de sufrir desverguenzas.
Beltr. Buenas Pasquas te dè Dios;
à este Estudiante sirviera
sin blanca. *Bruno.* Los dos, al fin,
con engañadas promessas,
casaron à aquel buen hombre
con su hermana, sin que viera
por el dote prometido
en tres años mas que ofensas;
diciendole: no bastaba,
que le honràramos con ella?
Regalada, y muy servida
la ha de tener::- *Beltr.* En salmuera.
Bruno. Y en faltandole dineros,
que los hurte, ò que se venda,
que para esso se la dimos.
Casi con lagrimas tiernas
quedò el marido: mirèlos,
y por darles la respuesta
de una vez, saquè la espada;
y presumo, si me esperan,
que dexo libre al marido,
porque la muger no tenga,
sino à Dios à quien quexarse
(si Dios oye injustas quexas:)
salieron los cuñaditos
trompicando. *Beltr.* Pues si acierta
mi dicha à estàr yo en la calle,
tenemos boda Francesa.
Bruno. Huyeron; fuime à mi casa:
cerrò el marido la puerta,
confuso, y agradecido:
y aora con la impaciencia
quizà de verse cobardes
anoche, ò porque me encuentran
solo, y sin armas, juntando
los que viste (què verguenza
afrentosa!) me acometen;
milagro de mi defensa
fue vèr descuidado à un hombre,
que por la calle atraviessa,
à quien le quitè la espada;
hice lo que vès con ella,
hiriendo, y atropellando;
sin que hallasse resistencia
en el villano esquadron;
que no es posible que sea
valiente, ni hombre de bien
ninguno de ellos, que es prueba
de cobardes la ventaja,
y las voces es flaqueza,
y todo junto es infamia.
Ya te he dado larga cuenta
del sucesso, lo demàs,
con imposibles peleas:
si pretendes reducirme,
que en la barbara aspereza
de la Scitia podràs vèr
la nieve en ardientes ebras,
pespuntar el monte à rayos,
y entre los claustros del Etna,
donde pone estanco el fuego,
para que incendios aprendan
los homenages de Troya;
veràs en fuentes risueñas
peinar cristales el Alva
copo à copo, y perla à perla;
correr los campos del Mar
el Tigre, cargar las velas
al Austro el Baxèl sobervio,
siendo el peligro las selvas;
hacer estacion de flores
el Sol en vez de Planetas;
cultivar agreste mano
por manutisas estrellas,
primero que mis deseos
pueda enfrenarlos tu lengua.
Dinèo. Feròz intento!
Llega Beltràn. Señor,
quiere llegarse à mi tierra,
le entregarè dos cuñados?
Dinèo. Què hombre es este?
Bruno. En la voz muestra,
que no es Francès. *Beltr.* Español
he de ser hasta que muera,
porque no puede ser menos.
Estuve con alma atenta
oyendo sus circunloquios,
y me agradan de manera
por el colèrico impulso
(que la letra con sangre entra)
que casi casi me inclino
à que vuesarced me tenga
por su huesped muchos dias;
porque si al cabo le alegran
las travessuras, yo irè

à traerle una pendencia
desde el Cairo; y si por dicha
quieren registrarla, ò verla
guardas de los puertos secos,
traerè dos, si ellos me esperan,
mi pendencia en las alforjas,
y la suya en la maleta.
Bruno. Estremado humor, Dinèo!
Dinèo. Estos hombres te contentan.
Beltr. Tambien me contenta à mì
este hidalgo, y no es pequeña
suerte la conformacion,
para que luego me entienda.
Bruno. Còmo te llamas? *Beltr.* Beltràn,
que traigo la polvareda
conmigo, y no he de parar
hasta que el mundo se pierda
en mis arenales. *Bruno.* Bien:
has estúdiado? *Beltr.* En Noruega.
Bruno. Còmo? *Beltr.* Estudiaba de noche,
pero siempre con linterna.
Bruno. Quieres servirme? *Beltr.* A esso voy.
Bruno. Por el aliento que muestras
te recibo: mis criados
estudian, pero pelean.
Beltr. Comen? *Bruno.* Muy bien.
Beltr. Esso basta,
que es la verdadera ciencia:
las letras quieren espacio,
priva con ellas la flema;
y si andan mucho, una coma
les pongo al pie de la letra.
Lo que toca al batallar,
hay dias, porque si aciertas
à reñir en los cobardes,
de mì no hay que hacer mas cuenta,
que de una liebre en ayunas:
es influjo, no hay quien pueda
turbar el orden celeste.
Bruno. Pues dime, què dias te quedan
para reñir, los Domingos?
Beltr. Yo no quebranto las fiestas,
porque reñir es trabajo.
Bruno. Y los Lunes? *Beltr.* Quièn empieza
las semanas con disgustos,
aunque se los dè una suegra?
Bruno. Los Martes?
Beltr. Aun los Mendozas
pienso que lo regatean,
con ser el mismo valor.
Bruno. Luego al Miercoles apela
el tuyo? *Beltr.* Còmo, si traigo
el habito de la Reyna
de los Angeles, y ayuno
siempre à pan, y verengenas,
que quitaràn una gana
de reñir en diez tabernas?
Bruno. Los Jueves?
Beltr. Entra el del Corpus,
y es muy poca reverencia.
Bruno. Y los Viernes? *Beltr.* Soy de purga,
y los Sabados es fuerza
ir à lavar la camisa,
y doy de noche la buelta.
Bruno. Pues no hay mas en la semana.
Beltr. Por Dios, aunque los huviera.
Bruno. Por lo menos servirà
de llevarme la rodela
de noche: guarda esta espada. *Dasela.*
Beltr. Y la tendrè manifiesta
hasta que truene. *Dinèo.* Què ciego
estàs! *Beltr.* De un coche se apea
una Dama, que aunque encubre
toda la fachada, muestra
en el talle señorìo,
como en las galas belleza.
Bruno. Acà se inclina. *Dinèo.* Querràs,
Bruno, detenerte à verla?
Bruno. Si ella gusta, claro està.
Dinèo. Pues tan poco te aprovechan
mis consejos, es forzoso,
que despeñado te pierdas. *Vase.*
Bruno. Bizarra muger!
Sale Matilde, Dama, tapada.
Matilde. Si tienes,
Bruno, como la opinion,
las obras, buena ocasion
oy à tu valor previenes.
Si te arrojas atrevido,
si te alientas empeñado,
ilustre serà el cuidado,
y de pocos merecido.
Libraràs una muger
del mas afrentoso agravio,
que mostrò pluma, ni labio,
si igual suyo pudo haver.

Principes hay, y Señores
en Francia de quien fiar
mi honor; mas diera lugar
à pretendidos favores,
que eſcucho; porque nacì,
Bruno, para ſolo un dueño,
y aunque es terrible el empeño,
quiero fiarme de tì:
pues quando favor me dès
con tu bizarro valor,
feràs en guardar mi honor,
mas que valiente, cortès.

Bruno. Aunque el ſer muger baſtàra,
ſin excepcion de belleza,
porque la naturaleza
las defiende, y las ampara,
con dichoſa inclinacion,
el ſaber quien ſois, ſerà
un valor, que aumentarà
la primera obligacion.

Deſcubreſe Matilde.

Matilde? ſeñora? es ſueño?

Matilde. Pues mi pena he de contar,
tambien te puedo fiar
los ojos. *Bruno.* Glorioſo empeño!
Pero quiſiera ſaber
de quien os podeis quexar,
que en viendoles, què lugar
les queda para ofender?
no han de cegar ſin arder?
Pues ſi yo, que he de obligaros,
quedo, en llegando à miraros,
ciego en vueſtros rayos bellos,
còmo quedaràn aquellos
de quien pretendo vengaros?
Sabeis què vengo à penſar?
que el caſtigo haveis templado,
porque haveis conſiderado,
que es mucha muerte el mirar;
porque quereros vengar,
ſu muerte fuera querer
ſolo con dexaros vèr:
que no os vieron preſumì,
porque al verlos, como à mì,
no fuera yo meneſter.

Matilde. Còmo corteſes liſonjas
puedo admitirlas? Mi padre::-
ya lo ſabes. *Bruno.* Que ſois hija
del gran Duque de Ferràra.

Matilde. Vamos por lo que es notorio
gaſtando breves palabras::
lleguè à Francia::-

Bruno. Y vueſtras bodas
sè que el miſmo Rey las trata;
que vueſtro padre os embia,
con la pompa mas bizarra,
que viò el aplauſo feſtivo
de las liſonjas Romanas,
à caſaros con el Duque
de Orliens, de la ſangre, y caſa
de Balois; que ſi el Delfin
(no lo quiera Dios) faltàra,
puſiera las Liſes de oro
en ſu Corona por armas.

Matilde. Pues de eſſas grandezas, Bruno,
como traidoras aljavas,
preſtando el arco los zelos,
flechò el deſprecio mis anſias.

Bruno. Aora entra lo que ignoro.

Matilde. Lo que ignoras, es la cauſa,
no el ſugeto; es Margarita
hija del Duque de Mantua.

Bruno. Sè que ſu madre era prima
de la Reyna, cuyas plantas
piſan alfombras de eſtrellas,
que lucen mas al piſarlas.

Matilde. Vino à Parìs Margarita
tan en ſu florida infancia,
que ſe quexò el quinto Abril,
que no le cumpliò en ſu patria.

Bruno. Muriò la Reyna ſu tia,
y ella; por templar deſgracias,
le daba al ſuelo Francès
por cada memoria un alma.

Matilde. Es ſugeto para un Rey:
pero el Duque à la inconſtancia,
en golfos de necio olvido,
entregò mis eſperanzas.
A Margarita pretende
tan à mis ojos, que mancha
la pureza del ſoſsiego,
con que deſcanſaba el alma,
en la poſſeſsion vecina,
que ya es ſu memoria infamia.
No los pàlidos umbrales
de la muerte en las tiranas

ſo-

ſolicitudes ſangrientas
del verdugo, que amenaza
la humilde inocente vida
en cuchillo, fuego, y braſas,
me cauſan mas ſobreſaltos,
ni mas horrores me cauſan,
que el nombre, memoria, y viſta
del Duque. En las ſombras pardas,
por las auſencias del Sol,
con que ſe corona Hircania
de la robuſta vejèz
de aliſos, freſnos, y ayas,
ſe ha viſto manchado Tigre
(pinta tù miſma la rabia)
con que verdugo impaciente
los arboles deſpedaza,
à los vientos deſafia,
à las pièdras deſencaja,
viendo robados ſus hijos;
y tanto, que cada mancha
de la piel es un borron
de la vida, que le aguarda,
ſin que el venablo le ſirva,
ſin que los perros le valgan;
que donde troncos, y peñas
ſon ariſtas, y ſon pajas,
què han de hacer venablo, y perros,
ſino rendirſe à las armas
del bruto, que eſcandaliza
con bufidos la montaña,
con monumentos la ſelva,
y con purpura la grama?
Pues eſta imagen, que pinto,
de eſta furia, es copia falſa
del Duque, porque es mas bruto,
que el fiero parto de Hircania.
Yo he de auſentarme à ſus ojos,
yo he de olvidarme de Francia,
con mi auſencia: no te pido
conſejo, que en èl ſe agravian
deſeſperados decretos
de una reſuelta venganza:
ſolo atrevimientos, ſolo
libertades deſpeñadas
pido à tu brazo, ſi quieres
ſer voz de tu miſma fama.

Bruno. Los peligros te aſſeguro,
aunque libre toda Francia
ſu poder en el mas corto:
eſſos te ofrece mi eſpada,
ni temerlos, ni dudarlos,
haſta que à tus plantas caiga
por blaſon de acometerlos,
borrando edades paſſadas,
con el triunfo del morir
por tan belliſsima cauſa.
No aſſeguro los ſuceſſos,
que los pròſperos los tratan
mas que no el valor, la dicha.

Matilde. El que los emprende, alhaga
à la fortuna, y le quita
lo que à los medroſos guarda.

Bruno. Solo una duda me queda,
porque el ſuceſſo ignoraba;
que preſumì, que las quexas,
que en ſu olvido ſon venganzas,
eran del Conde Rodulfo,
que con licencias paſſadas,
que el eſcandalo le ofrece,
como vè que no ſe caſa
el Duque, te ſolicita,
ſiguiendo tus paſſos, haſta
que deſenfrenado el vulgo
le dà en tu nombre eſperanzas.

Matilde. Aunque atrevido, y groſſero,
ſin darle mis ojos cauſa
mas de penſar de que en ellos
hay incendios que le abraſan,
me quiere, en fin; y haſta aora
no vì en hiſtorias paſſadas
à muger que ſolamente
de querida, ò de olvidada,
ſi, porque alla en lo querido
(ſin tenerlas) muchas gracias,
y en lo olvidado (aunque hermoſo)
deſcubre infinitas faltas;
y aſsi, perdonando al Conde,
aunque de impoſsibles trata,
guardo furias para el Duque,
ſi quien ſe auſenta las guarda.

Bruno. Deſpreciate el Duque? *Matilde.* Si.

Bruno. Pues eſſe no me embaraza,
el Conde sì, que te adora,
que ſi dices que te enfada,
no dices que le aborreces:
y mientras dexas à Francia,

no

no porque yo lo merezca,
mas por tener grangeada
conmigo (pues que me pides
favor) opinion bizarra
de que te sabrè quitar
los encuentros que te cansan.
Si le encuentro, si le veo,
donde en señas, ò palabras
forme burladas quimeras
de sus cortas esperanzas,
le he de matar, vive el Cielo.

Matilde. Adviertte::-

Bruno. Ha de ser mañana
mi partida? *Matilde.* Y con secreto,
porque si mi intento alcanza
el Rey, que lo estorve es fuerza.

Bruno. Pues no ha de vernos el Alva
en Parìs; mas por desvelo
de las sospechas villanas,
linces de acciones agenas,
importa que no hagas falta
al sarao de aquesta noche
en Palacio. *Matilde.* Assegurada
en tu valor doy la buelta,
pero à esperar mas desgracias.

Bruno. Què dices?

Matilde. Que viene el Duque. *Cubrese.*

Bruno. Cubrete, y venga.

Beltr. Què mandas?

Bruno. Hasme entendido? *Beltr.* Soy lerdo?
primero ojearè una espada,
que un libro. *Bruno.* Buen Español!

Al paño el Duque. La carroza, y las criadas
son de Matilde, y hablando
està una Dama tapada
à Bruno; son ilusiones,
para que se buelva el alma
el primer amor dispierto
con los zelos que le abrasan. *Sale.*
Esto ha de ser: Bruno? aqui
me importa, que aquessa Dama
se descubra. *Bruno.* Y si acertasse
importarme à mì el llevarla
sin descubrirse, què haremos
con entrambas importancias
encontradas en un palmo
de tierra? *Duque.* Tanta arrogancia,
y desatinos tan locos,
proceden de la privanza
de tu padre; pero advierte,
que si loco te levantas,
que si tan sobervio buelas,
que he de abrasarte las alas,
porque escarmentado temas,
porque despeñado caigas.

Bruno. Duque, ni favor, ni sangre,
que presumo que te iguala
(si no te excede) me alienta
à la accion que vès bizarra
en todo tiempo, que fuera
(claro està) notoria infamia
darte licencia cobarde
de conocer esta Dama,
quando en encubrirse estriva
el gusto de que se vaya,
sin que tù sepas quien es.
Señora, el Duque, aunque es tanta
su opinion de gran soldado,
por la de Señor les guarda
à las Damas cortesìa:
bolveros podeis tapada,
que ni el Duque ha de seguiros,
ni havrà quien ofensa os haga,
ni llegue à mirar las huellas
de vuestras hermosas plantas.

Matilde. Todas son desdichas mias:
dònde he de veros? *Bruno.* Ya baxa
la noche borrando luces,
pues que la ocasion nos llama
del sarao. *Matilde.* Ya os he entendido:
en Palacio aguardo. *Vase.*

Duque. Engaña
tus locos atrevimientos
la muerte. *Bruno.* De las palabras
no resultan mas que ofensas.

Quiere seguir el Duque à Matilde.

Beltr. Es tiempo, señor? *Bruno.* Aguarda:
Vuecelencia no se empeñe;
porque, juro à Dios, si passa
à darle vista à la calle
por donde fue, que se traiga
mas pesadumbres de verla,
que aora engendra esperanzas.

Saca el Duque la espada, y Bruno toma la que tiene Beltràn.

Duque. De esta manera respondo.

Beltr.

Beltr. La pobreta và sin baina.
Bruno. A Palacio buelve el Rey,
ya nos ha visto la Guarda.
Duque. Suerte es tuya.
Bruno. Y no de entrambos.
Duq. Dònde podrè verte? *Brun.* En Francia,
porque hombres tan conocidos
aun las piedras los señalan,
y yo te buscarè. *Duque.* Quàndo?
Bruno. Serà muy tarde mañana?
Duque. No. *Bruno.* Pues à Dios. *Vase.*
Duque. El te guarde. *Vase.*
Dentro voces. Plaza, plaza.
Beltr. Por Dios, que el amo me agrada. *Vase.*

Salen dos Criados.

Criado 1. El Rey, que guarde el Cielo,
con mas luceros, que el celeste velo
embidioso descubre, entrando viene.
Criado 2. En vano se previene
la noche occidental brillando estrellas,
porque las Damas son luces mas bellas.

Salen el Rey, el Duque, Matilde, Margarita, Celia, Damas, y acompañamiento.

Rey. No me juzgue Parìs Rey tan severo,
quando alegrarla espero
con las fiestas que veis. *Margar.* Si las honràra
el Delfin. *Rey.* Bueno està. *Margar.* Cuesta muy cara
su prision. *Rey.* Margarita,
no es bueno para Rey quien no me imita.

Vanse todos, y sale Beltràn.

Beltr. O quàl està el Salon, poder de Christo!
yo soy miron eterno, y nunca he visto
tanta luz en diamantes, y en faroles,
y he passado los mares Españoles,
y me he hallado en Troya, y en la China,
donde una luz, y otra se arruina.
Ya toma asiento el Rey; tome en buen hora,
que no le estorvo yo mas que el Aurora:
hablando con poetico decoro,
le hace aposento al Sol con rayos de oro.
Sentaronse las Damas,
merece la menor quarenta famas,
aunque si cada fama trae su trompa,
dònde havrà tantas que los aires rompa?
Pero mis dudas son bien escusadas,
haviendo trompetas de Parìs sobradas.
Ya vàn tomando puestos los Galanes,
muchos Franceses, pocos Alemanes.
Un arrogante mozo,
con el cabello crespo, rubio el bozo,
llega al lado de Matilde (ha Cielos!
cerrad los ojos, y cubrid los zelos!)
Bizarro mi señor (como en Castilla
dice la seguidilla:
Vive el Cielo de Christo,

que es gentil hombre,
Eſtudiante de dia,
Galàn de noche)
ha entrado ya en la ſala ; aqui hay refriega,
porque al deſcuido à un lado à hablar ſe llega.
Arrojòle al oìdo
palabras venenoſas , que perdido
el color ſe levanta el mozo airado;
valgame San Alberto , ò ſu candado!
mas quièn podrà guardar lengua , ni boca,
quando à laſtima tanta me provoca?

Dentr. Prended à Bruno. *Beltr.* Ay Dios! nadie le acude,
nueſtra Señora de Paris te ayude.

Dent. Duq. El Conde ha muerto. *Beltr.* Yo no he viſto nada,
lo que yo pude vèr , fue la eſtocada:
cayò ſin que pudieſſe detenerle,
y un Clerigo Bretòn llega à abſolverle.
A obſcuras el Salòn eſtà en un grito,
que la luz ſe empeñò con el delito;
no hallan defenſa , ni deſcubren puertas,
las voces vivas , y las luces muertas:
por aqui ſalen dos bultos , yo me arrugo
à pie , que no es buen potro el de un Verdugo.

Vaſe , y ſalen por una parte Matilde , y por la otra el Duque.

Matil. Huvo deſdicha igual? *Duq.* Quièn es? *Matil.* Acaſo
(ſi el temor te concede libre el paſſo)
eres Bruno? *Duque.* Matilde es eſta , Cielos! *ap.*
ya en el olvido ſe engendraron zelos?
aſsi verè què intenta:
yo ſoy , ſeñora. *Al paño Bruno.*

Matilde. Si el valor te alienta,
en tu feròz delito el paſſo mueve,
que eſte favor à la piedad ſe debe,
y à caſa de Dinèo
parte bolando , que en ſu caſa creo,
que encubrirte podràs mientras te embio
con un criado mio
un cavallo , que pueda::- *Bruno.* Hay mayor ſuerte!

Matilde. Librarte del peligro , y de la muerte.

Bruno. Favor es ſoberano en tanto empeño,
ſi bien oigo la voz , ignoro el dueño,
ſin que me dexe en rieſgo tan eſtraño,
què pueda diſcurrir ſobre el engaño. *Vaſe.*

Dentro. Por aqui ſaliò el Rey. *Sale el Rey.*

Rey. Llegad las luces.

Matilde. Bruno , ſi à mi conſejo no reduces *Al Duque.*
el eſpiritu fiero,
verte deſpojo de un Verdugo eſpero. *Vaſe.*

Duque.

Duque. Huvo ſugeto igual? *ap.*

Rey. Llegad, Soldados;
aqui eſtà el matador. *Salen Soldados con luces.*

Duque. Tan aſſombrados *ap.*
obran ya los ſentidos,
que los contemplo agenos, ò dormidos.

Rey. Què es eſto, Duque? quando tù no ſeas
barbaro executor de hazañas feas,
que aun la miſma piedad caſtigos pide,
lo que viviere el Sol que tiempos mide,
por lo menos le amparas, y defiendes.

Duque. Señor, advierte::- *Rey.* Mi paciencia ofendes;
pero Francia verà tal eſcarmiento,
que el aire venga à ſer corto elemento,
para imprimir veloces
de caſtigos feroces,
ſobre el menor culpado.
Aſsi el alto reſpeto, aſsi el ſagrado
decoro ſe quebranta?
viera el Delfin en ſu feròz garganta,
ſi complice le viera,
ſangriento acero, que à Parìs le diera,
entre amarillo eſpanto,
piedad, ſepulcro, aſſombro, luto, y llanto.
A una Torre llevad al Duque luego. *Vaſe.*

Duque. Huvo engaño mas ciego?
pues ya para vencer tantos agravios
ſe me yelan las voces en los labios. *Llevanle preſo.*

Sale Bruno.

Bruno. Haſta aqui dichoſo he ſido,
aunque no han viſto los Cielos
hombre mas malo que yo:
què ſeguro eſtà Dinèo
en ſu Oratorio! ò varon
juſto, que vives ſin miedos
de las humanas deſdichas,
conquiſtando, y mereciendo
el premio, que ya te aguarda
por tus virtudes! No quiero
eſtorvarle ſu oracion,
mientras en eſte ſilencio
me trae el cavallo, que aguardo,
el eſperado remedio.
Aqui eſta una ſilla, bien
deſcanſar un rato puedo,
que fatigan los delitos
mas que trabajos del cuerpo;
porque en la caſa de un Santo
ſeguro eſtoy, por lo menos,
de que el Rey mande prenderme,
ſiendo ella todo reſpetos. *Sientaſe.*
Valgame Dios! los temores
quàndo llamaron al ſueño,
ſino es que al ultimo llamen?
còmo no temen los muertos?

Duermeſe, y corren una cortina, y deſcubreſe à Dinèo ſentado con un libro en la mano, y colgado un quadro de un Chriſto, y en un bufete una luz.

Dinèo. Señor, pues à vueſtros ojos
no hay abiſmo tan ſecreto
que ſe oculte, y vos ſabeis
las verdades de mi pecho,
y ſabeis tambien que os ſirvo,
y que merezco los premios
de vueſtra gloria, porque
ſon juſtos vueſtros decretos:
quiero en eſte breve eſpacio,

en este mudo silencio,
pediros, por ser tan mio,
de recta justicia el Cielo.
En mi vida os he ofendido,
y aunque ofensa no os he hecho,
con disciplinas, y ayunos
trato, como veis, mi cuerpo.
Pues si es Fè, y Fè tan segura,
que en vuestra presencia es bueno
el que hiciere buenas obras,
y tiene seguro asiento
en la Bienaventuranza;
yo hago buenas obras; luego
seguro tengo el salvarme?
segura la Gloria tengo?
Muchos, que barbaramente
pecaron, y os ofendieron,
gozan eternos laureles:
que sois piadoso os confiesso;
vuestra clemencia infinita,
tanto como vos eterno;
mas no he de valerme de ella:
diferenciarme pretendo
de todos quantos ocupan
essos estrellados velos,
que ellos por vuestra piedad
se salvaron, mas yo quiero,
Señor, que vos permitais,
que quando libre del cuerpo
buele el alma, y la juzgueis,
que en el Tribunal severo
asista vuestra justicia
no mas, si el Cielo merezco
de justicia, que le alcance,
y de justicia el infierno,
si tambien le mereciere;
que piedad no la pretendo,
ni que me suplais con ella
el cuidado mas pequeño.

Aparecen en lo alto dos sillas, una de Gloria sobre Dinèo, y otra de fuego sobre Bruno.

Bruno. O vision maravillosa! *Dispierta.*
Abiertos miro los Cielos,
y una gloria celestial
en el alma. *Dinèo.* Si es portento
que me amenaza? (ay de mì!)
dònde estoy? *Bruno.* Mas còmo pienso,
que yo pueda merecer
lo que indignamente veo,
siendo el mayor pecador,
que vèn los ojos eternos
de las luces cristalinas?
Dinèo. Cielos, què silla de fuego
es la que mis ojos miran?
Bruno. O què soberano asiento!
Para quièn le guarda Dios?
no para mì, que le ofendo.
Dinèo. Yo sirvo à Dios rectamente,
injustos son mis recelos.
Bruno. Si son mis obras tan malas,
mal llegarè à ser su dueño.
Dinèo. Yo mi cuerpo mortifico,
siendo oracion mi sustento.
Bruno. Mis manjares son delitos,
y en ellos mismos tropiezo.
Dinèo. Apartado estoy del mundo.
Bruno. El mundo me tiene ciego.
Dinèo. Pues Cielos, quièn me amenaza?

Sale, y encuentranse los dos.

Bruno. Mas, ha pensamiento necio!
què quimeras has formado,
quando aora tù estàs viendo
tan justo merecedor
del bien que le ofrece el Cielo?
Dinèo. Hay temores tan villanos?
Aqui estàs Bruno? ya veo *ap.*
que la silla ardiente en llamas
sus culpas la merecieron,
y que los Cielos permiten,
que haya visto este portento,
para que le avise yo
de su desdicha. O mancebo
infeliz! à què has venido?
Bruno. A buscar en tì el remedio:
yo matè al Conde Rodulfo
en Palacio, y vengo huyendo
à tu casa, que es sagrado
de los peligros, que temo,
mientras espero un cavallo,
que ha de sacarme del riesgo,
si el Cielo tiene piedad
de tan mal hombre. *Dinèo.* O què ciego
estàs! O quièn le dixera *ap.*
lo que en el passo postrero
le aguarda de eternas penas!
Bruno. Quièn los soberanos premios, *ap.*
que

que eſpera varon tan ſanto,
le dixera! mas los Cielos
ſe lo havràn ya revelado
con otros altos miſterios.
Dinèo. Bruno, Dios eſtà ofendido
de tus culpas: mis conſejos
por ventura ſeràn oy
los ultimos. *Bruno.* Tendrè en ellos
freno, y guia. *Dinèo.* Buelve à Dios
el alma, y los penſamientos,
y haz penitencia. *Bruno.* Si harè.
Dinèo. A dònde has de ir?
Bruno. A Roma, pienſo,
à pedir abſolucion
al Pontifice. *Dinèo.* Un concierto
hemos de hacer, por ſi acaſo
no bolvieremos à vernos
en eſta vida mortal.
Bruno. Pide, que yo te obedezco.
Dinèo. Que el que primero llegàre
à vèr el terrible eſtrecho
de la muerte, buelva al mundo
à vèr al otro. *Bruno.* Yo aceto,
como lo permita Dios.
Dinèo. Sì harà, que le obligan ruegos.
Bruno. Pues cumplirè mi palabra.
Dinèo. Vete en paz.
Bruno. Guardete el Cielo:
lleno voy de ſanta embidia. *ap.*
Dinèo. Quànta laſtima le tengo! *ap.*
Bruno. Bienes eternos le llaman. *ap.*
Dinèo. Penando le conſidero. *ap.*
Bruno. El vendrà lleno de glorias. *ap.*
Dinèo. El vendrà de penas lleno. *ap.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita de gala, y Matilde, y Celia con mantos.

Margar. Si nadie pudo alcanzar
del Rey, que al Delfin le dieſſe
libertad, ni que le vieſſe,
mandandole deſterrar
por vos, de que à la Rochela,
que ſe ha revelado ya,
caſtigue, quièn oſarà
(aunque la piedad deſvela
la oſadìa) à ſuplicar
al Rey, que dè al Duque preſo
libertad? *Matilde.* Yo te confieſſo,
que me osàra aventurar;
mas porque el Duque no crea,
que yo intercedo por èl,
quando tan fiero, y cruel
darme diſguſtos deſea,
la he eſcuſado.
Margar. Pues què medio
para ſu ruego ha de haver?
Yo, por no darle à entender
que procuro ſu remedio,
por no dexarte zeloſa,
me olvido en la interceſsion.
Matilde. Mas quiero ya ſu priſion,
que no verte aqui piadoſa.
Margar. Pues el pobre Cavallero,
què culpas ha cometido,
para que entre amor, y olvido
ſienta el caſtigo ſevero
del Rey, quando tù embiaſte
el cavallo à Bruno? *Matilde.* Un año,
ſin admitir deſengaño,
que para diſculpa baſte,
hà que el Rey le tiene preſo.
Margar. Admire mas el rigor.
Matilde. El Rey viene. *Sale el Rey.*
Margar. Gran ſeñor?
Rey. Margarita? *Margar.* Ya es exceſſo,
teniendo fama tambien
de piadoſo. *Rey.* Pues què dices?
Margar. Que no es bien que te eternices
con los que es razon que eſtèn
bañados de torpe olvido:
por rigoroſos, y fieros
Reyes ſe pierden ſeveros:
dònde jamàs ha cabido
la politica crueldad?
Con amagos de crueles
copien ſangrientos pinceles
la ciega temeridad
de los barbaros Gentiles,
ſin Dios, ſin razon, ſin ley;
mas ſiendo Chriſtiano un Rey;
ſon exemplares muy viles
los de aquella antiguedad,
que mas que ſeveros, necios,

da-

daban en justos desprecios
à la sagrada piedad.
Dime, señor, pudo ser
que el Duque no le embiàra
el cavallo. *Rey.* No culpàra,
para llegarle à prender,
tan osado atrevimiento,
si yo mismo no le viera,
y el nombre de Bruno oyera,
que es el mayor fundamento
para persuadirme yo,
que salvò el Duque su vida;
y mientras el homicida,
que mi decoro ofendiò,
no parezca, Margarita,
el Duque preso ha de estàr.
Margar. Esso es mandarle matar,
que el ofensor no te imita,
para ser tambien cruel
consigo mismo, que fuera
su crueldad mucho mas fiera,
que la que usaste con èl,
si à tu poder se entregàra.
Tener del Duque piedad,
tambien es gentilidad,
que solo un hombre acusàra,
si ha de perder parte en ella
la vida que en salvo està.

Sale Beltràn.

Beltr. Matilde es esta; no es ya, *ap.*
porque para hablar con ella,
el Rey me lo ha de estorvar.
Rey. Què hombre es este?
Beltr. Un estudiante,
ya de este mundo passante,
que quiere resucitar
desde la otra hambre aora,
que es como de la otra vida;
y pensando hallar salida
à mi entrada (mucho ignora, *ap.*
sino penetra mis fines)
vine à Palacio sin vèr,
que tienen poco poder
con el Rey, ni aun los Delfines.
Supe, al fin, que à Margarita
tu sobrina visitaba
Matilde, y como pensaba,
que en el resplandor imita
el Sol al Rey, y creìa,
que te ibas poniendo ya,
entro, y descubro que està
tu Ocaso en el Mediodia:
pues donde quiera que llego,
entre medrosos desmayos,
echo de vèr que tus rayos,
si miro, tocan à fuego:
y assi me quiero bolver
sin que estos salones pise,
hasta que un buho me avise,
que te vàs à recoger.
Matilde. Què nuevas traerà Beltràn? *ap.*
Rey. Quièn eres? *Beltr.* Soy un Lacayo
Eclesiastico. *Rey.* A quièn sirves?
Beltr. Sirvo à un eterno embarazo
del estomago, tan limpio,
que haciendo pruebas de hidalgo,
hay informacion de abono
en todos los quatro quartos.
Havrà un año que le sirvo,
corriendo plaza de galgo,
èl en Roma, yo en Parìs,
harto os he dicho sin harto.
Rey. Sirves à Bruno? *Beltr.* De espìa,
que yo le escribo los casos,
que en Parìs vàn sucediendo,
y dexo algunos por largos.
Rey. Quàles dexas? *Beltr.* Los del Duque.
Rey. Por què? *Beltr.* Porque està cansado
el mundo de verlo preso,
por decir que diò un cavallo,
pudiendo dàr una yegua,
que tiene mas largo passo.
Rey. Y no fue grave delito?
Beltr. Yo lo tengo por liviano:
si le diera una tortuga,
fuera delito pesado:
para los que vàn huyendo
se inventaron los cavallos;
y es para los que pretenden
linda invencion la del asno.
Verdad es, que he visto à muchos,
que pretenden en Palacio
muy agudos, y ligeros:
seràn asnos de Gitanos,
que dàn la buena ventura
à los que cursan los patios,

y solo la tiene buena
San Buenaventura el Santo.
Rey. Y què escribe desde Roma?
Beltr. Que es buen año de garvanzos,
y se abriràn muchas fuentes
no mas de por lo barato.
Rey. Y què mas? *Beltr.* No sè, por Dios:
digalo èl que queda hablando
con Dinèo. *Matilde.* Vienes loco?
Rey. Con quièn? *Beltr.* Apurame tanto
vuestra Alteza, que dirè,
que despues de treinta abrazos
se preguntan los sucessos
medrosos, y recatados.
Rey. Bruno en casa de Dinèo?
Matild. Huvo mas necio villano? *ap.*
Rey. Al Capitan de la Guarda
llamad luego. *Sale Dinèo.*
Dinèo. En tu Palacio
hay, señor, quien te disguste,
que obligarte pueda à tanto,
que desprecies el sossiego
de tu valor soberano?
Rey. Tù eres la ocasion, Dinèo,
como lo dice el criado
de Bruno, que està en tu casa.
Dinèo. Valgame el Cielo! tan falto *A Beltr.*
vives de fè, que has vendido
à tu señor? *Beltr.* Buen despacho:
yo le he vendido? hasta aora
ninguno me lo ha comprado.
Rey. Dinèo, es esto verdad?
Dinèo. Quando este lo ha confessado,
còmo yo negarlo puedo?
y mas, señor, quando alcanzo,
que es un Rey quien lo pregunta;
y que todo lo criado
de Cielos, y de elementos,
à pesar no viene tanto,
como una mentira leve,
aunque sirva de resguardo
à vidas de cien mil hombres?
Bruno està oculto en un quarto
de mi casa: viene humilde,
arrepentido, y trocado
de aquella passada vida,
que le causò sus trabajos.
Vengo à decirte por èl,
que por el Dios Soberano,
que adoran Angeles puros
infinitamente Santos,
que no tiene culpa el Duque,
que ni le embiò cavallo,
ni fue parte en su delito.
Rey. Quièn pudo ponerle en salvo?
Dinèo. El lo sabe solamente,
que con estimarme tanto,
y estàr oculto en mi casa
aquella noche, esperando
su buena, ò mala fortuna,
llevò en su pecho guardado
el nombre de quien le ayuda.
Rey. Mas me admiro, y mas me espanto
de que lo amparasses tù.
Dinèo. Entra en los piadosos casos
el que has visto: fuera justo,
que yo à tu poder airado
entregasse un delincuente?
miralo, señor, de espacio,
y abonaràs mi silencio.
Rey. Eres Santo, y has templado
parte del enojo mio,
pero no para olvidarlo;
que ha de ser exemplo al mundo
un loco desatinado,
que à mi respeto se atreve,
y con menosprecios tantos,
que ha dado buelta à Parìs;
pero con mortales passos,
que ha de enfrenar el Verdugo,
cortando en un cadahalso
su fementida cabeza.
Cercad la casa, Soldados,
de Dinèo, y si en defensa
se pusiesse temerario
Bruno insolente, matadle.
Dinèo. Pues no le valdrà el sagrado
de mi casa humilde? *Beltr.* Echò
la fortuna todo el fallo. *ap.*
Rey. Credito apenas le doy
à la vista. *Margar.* Despeñado *ap.*
de un abismo en otro abismo,
viene à ser sangriento blanco
del enojo, y del poder. *Sale Bruno.*
Bruno. Conmigo el abono traigo
para pagar por el Duque:

sus

sus lastimas me obligaron,
sabiendo que està sin culpa,
à venir yo à confessarlo:
mandale, señor, soltar,
pues ya me tienes postrado,
y puesto à tus Reales pies. *Arrodillase.*
Margar. Palabra, señor, has dado
de que libraràs al Duque.
Rey. Libre està, pero con cargo
(aunque todos le aboneis)
que pruebe no estàr culpado:
venga à mi presencia luego:
alza del suelo. *Bruno.* Hasta tanto,
que vea tu Magestad
estas Letras, y Despachos
de Hugo, Successor de Pedro
en el Trono soberano
de la Militante Iglesia. *Dale un pliego.*
Rey. Nadie en ella mas Christiano
defensor: soy su Columna,
y el Christianissimo Carlos,
de quien los Hereges tiemblan
sobre sus rebeldes campos:
verè las Letras del Papa.
Dinèo. Suspension merece el caso.
Lee el Rey. Carlos Christianissimo, Rey de Francia, nuestro amado, con la Gracia de Dios nuestro Señor, hemos ordenado de Sacerdote à Bruno.
Repres. Padre, levantad, por Dios,
hasta llegar à mis brazos; *Abrazale.*
que pues el Papa os perdona,
y os levanta à tan sagrado
ministerio, ya sois digno
de comunicar alados
Querubines Trono à Trono,
y aun ellos no alcanzan tanto;
que si en el Cielo le gozan,
vòs con Misterios Arcanos
(que solo la Fè penetra)
desde su eterno descanso,
que al lado del Padre vive,
le baxais à vuestras manos.
Yo os perdono, y à mi gracia
os buelvo: yo havia guardado
por vuestro grave delito
las Bulas, y los Despachos
de Canonigo en Paris;
mas ya que os he perdonado,
tomareis la possession
de vuestro Canonicato.
Bruno. De nuevo buelvo à besar
vuestras plantas. *Arrodillase.*
Sale el Duque. Si has hallado
culpa en mì, manda, señor::-
Rey. Basta, Duque: perdonaros
quiero, y assi no averiguo,
si fuistes, ò no culpado.
Duque. Que no lo fui sabe el mundo,
y Bruno, pues à tu amparo
buelve ya. *Beltr.* Què es menester
buscarle à un pobre cavallo
la vida? èl se presentò
ensillado, y enfrenado,
y con buenas herraduras,
diciendo: Dice mi amo,
que nos lleguemos à Roma,
y esto ya lo ha declarado
delante de dos rocines,
que jurando le tomaron
su relincho. *Bruno.* Aparta, necio,
siempre estàs desatinado.
Beltr. Su Alteza gusta de oirme,
que es invencible trabajo
escuchar siempre discretos.
Tambien son hombres humanos
los Reyes: tambien tenemos
necessidad de alegrarlos,
honestamente se entiende,
que es Rey que siempre està algo
consigo, y puede prestar
severidad à Pilatos.
Dinèo. Señor, con vuestra licencia::-
Rey. Ya sè que os dàn los Palacios
fastidio; pues advertid,
que no es bien que sean los Santos
solo para sì: y los Reyes,
Dinèo, necessitamos
de saludables consejos
de varones señalados
en letras, como en virtudes;
vos sois exemplo, y milagro
del mundo, luz de mi Imperio;
no me negueis vuestros rayos,
que yo los he menester
mas que todos. *Dinèo.* Siempre, Carlos
in-

invicto, eſtoy obediente,
como à ſu dueño el eſclavo;
pero aora os certifico,
ſeñor, que me ſiento falto
de ſalud, y es el ſilencio,
y ſoledad el templado
remedio con que ſe alivian
mis penas, y mis cuidados.
Rey. Los ayunos, y oraciones
enflaquecen los humanos
alientos, por mas robuſtos
que ſe juzguen; no tanto
pide Dios. *Dinèo.* De eſta manera
en ſu Tribunal Sagrado
juſtifico yo mi cauſa;
y quando de mis trabajos,
ayunos, y diſciplinas
el Cielo eſtè tan pagado,
que exceda la penitencia
à las culpas, mis hermanos
es juſto que participen
de eſte bien que les alcanzo.
Rey. Pues no quiero deteneros.
Dinèo. El Cielo os guarde los años
que ha meneſter vueſtro Imperio.
Rey. Duque, eſcuchad. *Habla con el Duque.*
Bruno. No es agravio *A Dinèo.*
detenerte para darte
las gracias, pues à tu amparo
puedo ya decir que vivo.
Dinèo. Quièn tan laſtimoſos caſos,
como te aguardan, ſabrìa *ap.*
encarecer? Que hayais dado,
ſeñor, lugar que ſe ordene,
ſiendo vos tan juſto, y ſabio,
ſabiendo que eſtà precìto?
Si yo pudiera librarlo
de tan eternos tormentos,
diera por èl quantos años
os he ſervido en el mundo,
pues publicais, que os agrado
en aquella ſilla hermoſa,
que para mì ſeñalaron
vueſtros divinos decretos.
Bruno. Parece que te has mudado
el color; què pena ſientes?
ſi por la amiſtad de entrambos
ſientes los pecados mios,
porque va pueda llorarlos;
pide à Dios, pues que le agradas,
que me conceda algun plazo,
ſi para la menor culpa
puede ſer baſtante el llanto
de todas las criaturas,
como no ſupla el ſagrado
teſoro de ſangre ſuya,
en cuya fuente ſe hallaron
los eficaces remedios
de los que à Dios enojamos.
Dinèo. Es verdad; pero no todos
gozaron favores tantos,
como en la ſangre de Chriſto
tiene la Igleſia. *Bruno.* O ſagrado
varon! advierte, què dices?
amenazanme tus labios?
Dinèo. No puedo decirte mas. *Vaſe.*
Bruno. Cayò en el alma un deſmayo
mortal (ay de mì!) *Duque.* Señor,
lo que tù ya has decretado,
quièn podrà contradecirlo?
Rey. Margarita? *Margar.* Largo eſpacio
ha durado eſta conſulta.
Rey. Yo determino caſaros.
Duque. Porque yo pierda el ſentido. *ap.*
Matilde. Si es con el Duque, ſagrado
tendrè à mi lloroſa auſencia, *ap.*
pues irè olvidando agravios.
Rey. No reſpondeis? *Bruno.* Pues aqui
no puedo ſerviros; Carlos,
dadme licencia. *Rey.* Eſperad,
que han de darſe aqui las manos,
y haveis vos de ſer teſtigo.
Margar. Hay decreto mas tirano! *ap.*
Señor, advertid, que ſoy
(ſi es que no eſtais olvidado)
ſobrina de la difunta
Reyna; que ſiempre me honraron
en Francia con parabienes
de Eſpoſa::- *Rey.* Decid.
Margar. (Què eſtraños *ap.*
lances de fortuna, Cielos!
ſi os he ofendido, vengaos)
del Principe vueſtro hijo.
Rey. Heos dicho yo lo contrario?
El Delfin es vueſtro eſpoſo,
que por inſtantes le aguardo

C mas

mas quieto, y mas obediente:
Las bodas, que yo he tratado
por aora, son del Duque,
y Matilde: daos las manos.

Matilde. Contra la misma esperanza
bolò la dicha al sagrado
templo, donde premia Amor
deseos, y amores castos.

Duque. Mi obediencia es vuestro gusto:
señora, lo que he dudado,
ha sido el no mereceros.

Matilde. Por lo mismo me acobardo:
pero ya las dichas mias
alegres se coronaron
contra el tiempo, y la fortuna:
vuestra soy. *Duque.* Yo vuestro esclavo.

Danse los dos las manos.

Bruno. Parece, que haveis querido
juntar à tantos aplausos
dichosos, las humildades,
que à vuestras plantas consagro,
Trajano Francès, embidia
de Aquiles, y de Alexandro.

Rey. Quise con vuestra presencia
colmar regocijos tantos,
que no los tendrà menores
vuestro padre, retirado
de la Corte, con la pena
de vuestra ausencia: los cargos,
y oficios bolverà à usar
desde luego. *Bruno.* Corto espacio
es el ambito del mundo,
para que sirva de estrado
à vuestras plantas, que beso
humilde. *Arrodillase, y el Rey le alza.*

Rey. Alzad à mis brazos:
id à tomar possession
de vuestra prebenda. *Beltr.* Vamos
à tomar essa propina.

Celia. Grandes albricias aguardo
de tu feliz casamiento.

Matilde. Pues, Celia, yo te las mando.

Vanse el Rey, el Duque, Margarita, y Matilde.

Beltr. Què hay, mequetrefe con tocas?
sino has visto Licenciados
en tu vida, buelve luego,
y abrirè mi cartapacio.

Celia. Señor bufon en Latin,
buelvo luego. *Vase.*

Beltr. Pues yo aguardo.

Bruno. Señor, si secretos vuestros,
altamente revelados
à varon tan justo, ordenan
de que yo por hombre ingrato
à tan altos beneficios,
que vos sabeis explicarlos,
porque no es capàz la vida
con todo el ingenio humano
de quantos mortales viven,
aunque le dieran espacio
los siglos, que ha visto el mundo
desde su primero caos,
à agradecer, y servir
lo que os debo, y nunca os pago:
si determinais, Señor,
que llegue el ultimo plazo
de mis culpas, y por ellas
(ay de mì!) estoy condenado
à los eternos tormentos,
canten vuestro nombre santo,
y vuestra recta justicia,
yo el primero; y si penando
mientras vos fueredes vos,
sin remedio de aplacaros,
ni esperanza de perdon,
y con la pena de daño,
que es de no veros jamàs,
me permitìs alabaros;
alli, Señor, cantarè
en el fuego en que me abraso,
en las tinieblas, que piso,
en las cadenas, que arrastro,
en las blasfemias, que escucho,
dolor todo, y todo llanto:
cantarè alabanzas vuestras,
hymnos cantarè sagrados,
como en el ardiente horno
de Babilonia los santos
niños, que guardaba el Angel,
Sidrac, Misac, y Abdenago;
que aunque es diferente el fuego,
si èste feròz, aquel manso,
èste, que apenas atizan,
aquel que enciende en regalos;
dadme alli licencia vos,

Cordero ſacrificado,
por tan mal gaſtada vida,
que no ha ſabido agradaros;
y vereis (mas ay de mì !)
que pido lo que no lo alcanzo,
buſco lo que no merezco,
y de impoſsibles me valgo. *Vaſe.*
Beltr. Fueſe ſin bolver el roſtro,
ni llamarme; baſta, ha dado
en Canonigo, pues yo
(ſino me vàn à la mano)
he de dàr en Cardenal,
aunque llegue trompicando
à una eſquina. *Sale Celia.*
Celia. Què me quiere,
ſeñor bachillèr en trapos?
Beltr. Dime, à quièn ſirves? que luego
te llevaràn los diablos,
ſino te apodàre bien.
Celia. Pues mire, que los muchachos
quando eſcarban la baſura,
le buſcan para llevarlo
à un molino de papel,
y ha de ſer papel quemado.
Beltr. Pues ſoy yo libro de Hereges,
ò he hecho quartos falſos,
dì, cuñada del menudo?
Celia. A criadas de Palacio
dices tù deſcortesìas?
Beltr. Dime, què Dama te ha dado
comiſsion de aderezarte
los Sabados? *Celia.* Ha picaño!
yo no ſoy Mondonga. *Beltr.* No?
pues yo sè que tienes callos
de habladora: advierte, pues,
que me como yo las manos
tras una lengua guiſada.
Celia. Poco, y bueno es lo que hablo:
ſirvo à Margarita, y tengo
deſeos::- *Beltr.* De deſpoſado?
Celia. Y havia de ſer èl? *Beltr.* No puedo.
Celia. No puede? *Beltr.* No, que ſoy ſanto.
Celia. Porque es galàn reteñido,
y ſe viſte muy barato.
Beltr. Pues mas barato le buſco,
y he dado ya con el paño.
Celia. Quàl es? *Beltr.* Allà miran ojos.
Celia. Quebrados.
Beltr. Tambien hay caſtos;
pues tan malo es un marido,
que ſe ſiente con amagos
de Doctor? y puede ſer
(ſin contarſe por milagro)
que una Cathedra ſe lleve?
Celia. A cueſtas. *Beltr.* Soy bien travado
de la humana arquitectura,
y puedo llevarme un patio
de Eſtudiantes, y al Maeſtro
con la Cathedra, y los bancos:
ſi es oprobio ganapan,
no has de penſar que me agravio,
que lo robuſto es lo heroico,
y lo valadì lo flaco;
y advierte, que las locuras
que ſe contaron de Orlando,
ſi yo le encontràra, fueran
locuras de tres al quarto,
porque yo ſuelo eſpantar::-
Celia. Unas viñas? *Beltr.* Al atajo
saliſte: bien haya ingenio,
que dà el azucar tan blanco:
Vèn acà. *Celia.* Diga, y eſteſe.
Beltr. Tambien ſon libros los paſſos,
que me los vedas? pregunto::-
pero vete, que mi amo
buelve à ſaber ſi le ſirvo.
Celia. Y pienſo, que me ha eſcuchado
mi ſeñora. *Beltr.* Ruego à Dios,
que la quiten à un zapato
todo el polevì en las partes,
que te ſirven de deſcanſo.
Celia. Vete, demonio. *Beltr.* No puede
ſin el hiſopo, & mundabor.
Sale Margarita.
Margar. Què haces aqui? *A Celia.*
Beltr. Eſta es pregunta,
ò amenaza? *Celia.* Eſtaba hablando::-
Margar. Con quièn?
Beltr. Pues hay mas con quièn,
que eſta moza? no eſtà en blanco
todo el ſalon? pues con ella
ſerìa ſin preguntarlo.
Margar. Què hablabades?
Beltr. Mucho. *Margar.* Què?
Beltr. Ya ſe ſabe, que en Palacio
ha de ſer honeſto, y puro;

no como el vino de ogaño,
que quando lo eſtàn midiendo,
parece que arrojan algo,
porque dicen agua và;
y ſomos tan mentecatos,
que con mojarnos el alma,
lo ſufrimos, y pagamos:
pues con eſta puridad
me preguntaba::- *Celia.* Temblando *ap.*
tengo el alma. *Beltr.* Si era yo
aficionado à Canarios,
porque ella lo es à Gilgueros.
Margar. A fè, que eſtabais de eſpacio.
Celia. Què dices, hombre? *Beltr.* Concedo:
Regidor, vamos al caſo:
ſonreìme, y reſpondila;
yo ſoy mas aficionado
à Murcielagos, y aora
tengo en muda tres, ò quatro;
que cantando, es de manera,
que ſon de la piel del diablo:
y què los dà de comer?
(pregunto) Anìs confitado,
dixe: y ella à los Gilgueros
què les dà? doyles culantro
en vinagre: hace muy bien,
cantaràn como unos ſapos.
Margar. Pues id con Dios, y otra vez::-
Beltr. Yo me doy por aviſado:
ha doncella pajarera? *Vaſe Margarita.*
Celia. Què?
Beltr. Con mis jaulas te aguardo,
que he de ſalir à probar
dos Murcielagos al campo,
que tengo en cierto parage. *Vanſe.*
Dent. voces. Cuerpo ſanto, cuerpo ſanto.
Sale Bruno. Dichoſo tù mil veces, ſeas quien fueres,
que eterna aclamacion del Pueblo adquieres,
con voz tan general; que te apellida
ſanto en la muerte por tu ſanta vida.
Eſta es la embidia iluſtre, y generoſa,
que debemos tener, no à la ambicioſa
vana pompa del mundo en dignidades,
honras, pueſtos, grandezas, Mageſtades:
quièn ſerà eſte varon? *Sale el Duque.*
Duque. Bruno, es eſpanto:
dobla la admiracion de un cuerpo ſanto;
pues à la caſtidad, que ſe recibe,
con digno aplauſo el Pueblo ſe apercibe
à traerle con pompa, y alegrìa;
porque en el Templo tan dichoſo dia
el Pueblo goce: el Rey tambien llevado
de un tierno afecto, le obligò el ſagrado
decoro, que le debe, y acompaña,
y es poco eſtilo la mayor campaña,
para el concurſo alegre, y Religioſo.
Bruno. Vuecelencia me dexa mas dudoſo:
quièn es el muerto vivo? *Duque.* Quièn? Dinèo
tu Maeſtro, y amigo. *Bruno.* Apenas creo;
pero ſi era mortal mas el eſpacio, *ap.*
por ſer tan breve, que dexò à Palacio,
hace titubear la certidumbre:
ya ſe apagò la lumbre,
que en la atalaya del exemplo ardia,
que al ſaludable puerto conducia
en mis naufragios mi cargada nave:

O transito suave!
ò muerte, que à descanso le conduces,
pisando Cielos, y bebiendo luces!
Señor Duque, hasta aora no he podido
merecer el perdon, que ya le pido,
por mi passado atrevimiento; y crea::-

Duque. Basta, Bruno, que emplea
tu juventud el Cielo en nueva vida,
con que mi enojo de tu amistad se olvida.

Sale Beltràn. Yo no he visto difunto tan sonado:
el alboroto acompañò al cuidado;
y ya està para verle, y celebralle
toda Parìs de patas en la calle.

Bruno. Calla, necio. *Beltr.* Aqui viene de quadrado
lo del mundo abreviado,
y lo de cien mil almas: mas se entiende
con los cuerpos, y todo, que se ofende
todo encarecimiento,
aunque le añadan un millon al cuento
en almas solas (con razon lo gruño)
que cien mil almas caben en un puño.
Musica de bonete
le sale à recibir con su motete;
cada pajaro humano
un Cisne soberano,
de las muertes agenas,
son en las voces càndidas sirenas,
traìdos de Paìses diferentes:
los Tiples de Cambray, y de Alemania;
los Contraltos de Albania,
son tres, ò quatro; y otros son de Escocia,
y algunos hay tambien de Capadocia.

Salen el Rey, Margarita, Matilde, y acompañamiento por un lado, y por el otro Musicos, con sobrepellices cantando, y descubrese en medio un tùmulo, y en èl Dinèo muerto con insignias de Doctor, y bonete.

Rey. Ya espirò la luz de Francia,
ya es forzoso que nos falte
el exemplo, y el consejo:
ya veis elado cadaver,
quien de mì se despidiò,
no sè si han passado instantes,
al tiempo, que fue tan breve
su muerte en todo admirable;
que yo aun à mis propios ojos
no les concedo el examen.
Dese principio à sus Honras,
y la Capilla le cante
fùnebres Oficios; lleguen
à un mismo tiempo à mezclarse
la pena, y el alegria,
que en su muerte entrambas caben.

Musica. Responde mihi quantas habeo iniquitates, * & peccata mea, & quæ delicta ostende mihi.

Levanta el cuerpo Dinèo, y se echa.

Dinèo. Por justo juicio de Dios
à juicio voy. *Rey.* Què notable
portento! *Matilde.* Valgame el Cielo!
En el pecho apenas cabe *ap.*
el corazon, con el miedo
de un prodigio semejante.

Margar. En las venas ha burlado *ap.*
su

ſu propio curſo la ſangre,
y con el turbado aſſombro
me contemplo elada imagen.

Rey. Que un hombre, que aclama el mundo
de vida tan inculpable,
que le llama ſanto à voces,
tiene dudoſo el ſalvarſe;
pues dice, que Dios le llama
à juicio! *Bruno.* Aunque es tan grave,
por maravilloſo, y raro
el ſuceſſo, no ſe eſpante
vueſtra Alteza, ni Parìs
procure eſcandalizarſe,
que và à juicio confieſſa:
què indicios dà, ni ſeñales
de culpas, ni que por ellas
el Cielo le condenaſſe?
Aunque Dios (como ſe ha viſto)
à ſu juicio le llame,
por ſanto le tienen todos;
temeridad fuera grande,
porque Dios le llama à cuentas,
que lo contrario juzgaſſen.
Veamos, ſeñor, ſi de ella
libre, ò condenado ſale;
proſigan, ſi vueſtra Alteza
guſta, los Oficios. *Rey.* Canten
otra vez, que eſpero en Dios,
que oy ha de canonizarle.

Muſica. Reſponde mihi, &c.

Levantaſe otra vez Dinèo.

Dinèo. En juicio eſtoy. *Rey.* Bolviò
à aviſarnos en el trance,
y afliccion en que ſe vè;
mi valor ha de moſtrarſe
en eſperar el ſuceſſo
prodigioſo, como grande,
pues dice, que eſtà en juicio:
quantos le eſcuchan, aguarden
el fin de tan juſta cuenta,
y proſigaſe adelante
el ſacro Oficio. *Bruno.* O gran Dios,
en tus obras admirable!

Muſica. Reſponde mihi, &c.

Levantaſe Dinèo, y ſe buelve à echar.

Dinèo. Por juſto juicio de Dios
ſalgo condenado. *Rey.* Acabe
el aſſombro de turbar
mis ſentidos. *Bruno.* Mortales
engaños! *Cubren el tùmulo.*

Margar. Si el alma ſueña?

Rey. Señor, vos teneis la llave
del humano corazon;
pues que vos le condenaſteis,
vos ſabeis que os ofendiò,
que las pùblicas ſeñales
fueron de ſanto en el mundo;
no hay que eſpantar que ſe engañe:
tan lleno de aſſombro voy,
que el ſoplo ſutil del aire
ſirve à mis plantas de grillos,
ſirve de aliento à mi carcel. *Vaſe.*

Duque. Dinèo ſe condenò?
pues no ſe aſſegure nadie.

Margar. Para bolver en mi acuerdo,
es forzoſo que me engañe,
juzgando por iluſiones
tan manifieſtas verdades.

Matilde. Aun para penſar que ſueño,
juzgo el diſcurſo cobarde.

Vanſe todos, y queda Beltràn, y Bruno.

Beltr. Señor? ha ſeñor? aora
que has meneſter animarte
para no ir tras el difunto,
(Bercebù que le acompañe)
me cercenas las palabras?
Dime algunas, que me ſaquen
eſte difunto del cuerpo;
porque temo, que ſe arraiguen
de fianzas, y me ſiga
haſta que à mì me amortajen.
Hablame por Dios, que tengo
el alma entre cuero, y carne,
muerta por ſer volatin,
ſaliendo à tomar el aire.
Yo pienſo, que ha ido à buſcar
ſobre prendas que lo valen
un paraſiſmo preſtado,
porque no me falte achaque.

Bruno. Què dices? *Beltr.* Que ſin decir,
amigo, ahì quedan las llaves,
ſe fue à los Paìſes-Baxos
tu difunto miſerable.

Bruno. Quàntos deſengaños tuvo
el mundo deſde el inſtante,
que Dios formò ſus criaturas,

paſ-

passando, y corriendo edades!
con ser tales desengaños,
no es posible que le igualen
al que à los ojos advierten;
pero puedo consolarme,
que me engañè en presumir,
que el Cielo le revelasse
mi perdicion en mi mano
hasta perderme, ò salvarme.
Pues còmo tantas ofensas,
donde hay castigos iguales?
Què aguardo con lo que he visto,
si los que saben guardarse
de los peligros, con tanto
temor, tropiezan, y caen?
Què harè yo tan engolfado
en vicios? Señor, llevadme
donde los ojos no vean,
donde la lengua no hable,
donde à los demàs sentidos
el exercicio les falte,
y solo servirme puedan
mientras os sirvan, y alaben.
Ciudadanos de Parìs,
amigos, que acompañasteis
mis delitos::- *Beltr.* Ya dàs voces?
no le ha quedado un adarme
en los cascos. *Vase.*

Bruno. Bruno os llama
de parte de Dios, de parte
de un temor de aquel juicio,
que manifiestan verdades,
donde son lenguas las obras,
y ellas mismas los Fiscales.
Una vida hay para un alma;
sino sabe aprovecharse,
dònde ira en la muerte? amigos,
si quereis acompañarme,
que voy à buscar à Dios,
y seguro voy de hallarle,
si executo los deseos.
Montes de Francia, ocultadme;
sepa Dios no mas, que vivo;
yo mismo à mì no me halle,
sino me buscàre en Dios:
aun las mismas soledades
ignoren, que yo las piso,
siendo el silencio el examen
de aquella infalible cuenta,
y de aquel temido alcance.

JORNADA TERCERA.

Sale Beltràn de Gorron.

Beltr. Buen amo encontrè: hace un delito,
y dexame el sustento por escrito;
vase à Roma por todo,
entra en la ida mi sustento, y todo.
Quedè en Parìs de suerte por un año,
que entendì, que el estomago era estraño;
ya no me conocia,
ni aun yo pude saber donde vivia,
hasta que en los Conventos me dixeron
su casa: alli me dieron
señas bastantes, que me consolaban;
pero se me olvidaban;
y era forzoso al ir (desdicha es mia!)
à saberlo otra vez al mediodia.
Todos me maltrataban,
hasta Frayles tambien me sopeaban:
buelve à Parìs Canonigo (què pena!)
y porque el otro santo se condena,

echa

echa por essos trigos,
llorando culpas, y llamando amigos,
para buscar del Cielo los tesoros,
y dexame à la Luna de los Moros;
como si yo (que gusto de salvarme)
no pecàra tambien para enmendarme;
que piensa de este modo,
que èl se lo peca todo,
y no tiene razon, que soy su amigo;
la penitencia ha de partir conmigo,
ò hemos de andar al morro si le encuentro.

Dent. unos. Por acà, por acà. *Otros.* Ya busca el centro
de la montaña el Javalì espumoso.

Beltr. La Duquesa Matilde, con su Esposo,
viene cazando al bosque: yo los llamo,
quizà tendràn noticia de mi amo:
por acà, por acà (lindo descanso!)

Salen Matilde, el Duque, y Criados de caza, con venablos en las manos.

Duque. Dònde està el fiero Javalì? *Beltr.* Que es manso.

Matilde. Hasle visto? *Beltr.* Yo no, ni Dios lo quiera.

Matilde. Con la planta ligera,
y el estruendo veloz, que imita al viento,
la lisonja no fue del pensamiento?
la selva atravesò, y al pie del monte,
atalaya gentil de este Orizonte,
se desmintiò à los ojos. *Beltr.* Y à los mios,
y entre peñascos frios
(porque todos se quedan al sereno)
se descubre una boca tan sin freno,
que se podrà tragar los cazadores,
con sus cavallos, aunque sean mayores,
que el que guardò en la panza tanto Griego.

Duque. Cueva es, y bien profunda. *Beltr.* No lo niego.

Matilde. El Javalì entrò en ella? *Beltr.* No señora.

Duque. Echad los perros. *Beltr.* Echen en buen hora.

Matilde. Que en saliendo à lo llano,
aunque del viento vano
se vistiera las alas,
el bosque me verà segunda Palas;
ò en los cavallos del alegre Cinto
rojo el venablo de la sangre tinto.
La Diosa Cazadora,
que al rubricar la Aurora
de blanca luz las Alvas repetidas,
manchaba el venablo en tantas vidas
de las silvestres fieras,
como en plantas ligeras
breve coturno, con galàn decoro,
prestaba al verde campo plantas de oro.

Duque. Ya la cueva se advierte coronada
de cavallos, y perros. *Beltr.* Y la entrada
acometen feroces,
mezclando los latidos à las voces.

Dent. unos. El Javalì al prado baxa.

Otros. Por allà huye. *Todos.* Ataja, ataja.

Descubrese una obscura gruta, y sale por ella Bruno de Monge.

Bruno. Quièn penetrando estas selvas::-
Valgame el Cielo! què miro?

Duque.

Duque. Es imagen que presenta *ap.*
la memoria à los sentidos!
Bruno, què es esto? *Mat.* Es possible,
que te descubrimos vivo,
quando de tu oculta ausencia
nacen mortales olvidos!
Bruno. Gasten assombros aprisa, *ap.*
que luego entraràn los mios,
que yo soy de casa, y cueva,
donde yo prevengo un nicho,
para ser profundo huesoed
de madroños, y lentiscos.
Matilde. Padre, descifre esta enigma,
que aunque los ojos la han visto,
no la penetra el discurso.
Bruno. Bien clara està; troquè el siglo
por un assombro; el descuido
por la atencion en que vivo;
por el silencio seguro
el peligroso bullicio;
por la verdad el engaño,
por el recuerdo el olvido,
por pesares los deleites,
por lagrimas los suspiros.
Aquel estupendo caso
de mis desdichas, amigos,
diò bueltas al corazon,
tan rebelde, y tan dormido,
que aun no sè si ha dispertado,
siendo el letargo yo mismo.
Voces pronunciè en el Templo,
que las convertì en gemidos,
y salì buscando à Dios:
hà, si los pecados mios
me dexassen darle voces!
mas tanto, como infinito,
es piadoso, y viene al ruego
de los hombres, como hijos.
Seis generosos mancebos,
que havian cursado conmigo,
como letras, vanidades,
me siguieron, tan vencidos
de mi exemplo (ò ruego à Dios,
que imiten lo que les digo!)
que dexando patria, y padres,
honras, y gustos del siglo,
son Angeles en la tierra:
yo me afrento si los miro;
mas por enmendarme à mì,
alguna vez los corrijo,
porque obedeciendo ganen
el merito de oprimidos;
que el rendir la voluntad,
es el mayor sacrificio.
Llegamos à este desierto,
buscando donde encubrirnos
del mundo, que como à esclavos
nos viene buscando à gritos,
para bolvernos à errar,
siendo la prision sus vicios.
Pero medrosos, y alegres,
para no bolver, venimos
siguiendo à un Pastor, que ufano
nos iba llamando à silvos,
trayendonos al rebaño
de las ovejas de Christo.
Obedeciendo, y callando
al buen Pastor respondimos,
que entiende muy bien por señas
lo que nuestra alma le ha dicho,
poniendo freno à la lengua
con tan dichoso artificio,
que es en las culpas de libre
lo callado su castigo.
Esta cueva nos diò alvergue,
que responde à un corto sitio,
que goza la luz del Sol
entre tarayes, y mirtos,
tan coronada de espinas,
que son murallas de riscos,
que estorvan humanas plantas,
ni aun las nuestras no sentimos;
que en alvergues diferentes
enterrados, aunque vivos,
vigilantes, aunque muertos,
esperamos el preciso
termino, el ultimo trance,
el postrero punto fixo,
donde (como lineas) paran
tantos mortales peligros;
en cuyo centro invisible,
en cuyo infalible archivo
de aquella ignorada cuenta
tiene Dios sellado un libro.
Abre la muerte el volumen
al ultimo parasismo,
y en caractères, que entiende,
vè el alma lo que han escrito.

Espantosa lo confiessa,
que lleva el Fiscal consigo;
y à las culpas (aunque reos)
las admiten por testigos,
sin que se olvide en el cargo
(que en el Juez no cabe olvido)
el descuido mas ligero
de los humanos sentidos.
A dar vamos estas cuentas;
corto, y breve es el camino,
cierto el llegar, pero incierto
el dia de su juicio.
Ya pienso, que estoy en èl:
ò Señor! piedad os pido;
misericordia, Señor,
que os costè precio infinito;
no justicia, no justicia,
sentenciadme como à hijo.

Duque. Padre, aunque tan altamente
la verdad ha conocido,
y por la luz que le enseña,
busca el Cielo, y burla al siglo;
no es bien, que en claustros de peñas,
y cerrado en laberintos
de sombras, viva su exemplo
severamente escondido,
à los que con èl podemos
facilitar el camino
de la celestial morada,
aunque en el siglo vivimos:
si tal vez sombras de nubes
ocultan los rayos limpios
del Sol, sabemos que hay Sol,
y en sus noticias seguimos
sus luces, que nos alientan.
Muy àspero es al principio,
si ha de fundar Religion:
no le estorvo, ni le quito,
que en los desiertos la funde;
pero con Christiano aviso
le aviso, que para Templo,
donde en altos sacrificios
se honre à Dios, es indecente,
como la morada, el sitio:
una cueva es para brutos.

Bruno. Pues, Duque, señor, y amigo,
còmo quiere? *Duque.* Yo no quiero
mas de lo justo: esso pido,
y quiero participar
de sus propios beneficios.
En esse florido Valle,
que sirve de muro al rio,
cuyo cristal besa humilde
la falda à essos pardos riscos,
tengo una casa espaciosa,
donde estarà recogido
con sus Monges, dando al Cielo
silencios, y sacrificios.
Yo labrarè Templo en ella,
si soy de estos bienes digno:
no me niegue este favor,
Padre. *Matilde.* Si los ruegos mios
pueden algo, yo tambien
que la admita le suplico:
su nombre es la Deleitosa,
por lo ameno, y lo florido.

Bruno. Fuera ingrato à tanto bien:
desierto es todo; yo admito
la merced, y ruego al Cielo,
que como yo la recibo,
la pague en bienes eternos.

Duque. Pues estarà prevenido
mientras vamos à avisar,
que desocupen el sitio
mis criados. *Bruno.* Dios aumente
vuestro estado. *Matilde.* Padre mio,
encomiendenos à Dios.

Bruno. Si escucha los ruegos mios,
por ser de un hombre tan malo:
me mostrarè agradecido,
mientras viva, à este favor.

Duque. Gran Varon! *ap.*

Matilde. De Bruno afirmo *ap.*
en la Iglesia Militante
un coronado edificio
de estrellas, que alumbre el mundo:
porque funda su principio
en la profunda humildad,
y desprecio de sì mismo. *Vanse.*

Beltr. Santamente lo han hablado;
pero fue mucho, y prolijo,
que ya estaba rebentando,
siendo el silencio mis grillos.

Bruno. Pues por acà hay mucho mas.

Beltr. De esso no me escandalizo;
porque donde todos callan,
el hablar yo fuera vicio.
Padre, yo le ando à buscar;

pues

pues èl con su buen capricho
tiene esta vida por buena;
yo digo tambien lo mismo.
Bruno. Advierta primero::- *Beltr.* Padre,
no se canse; juro à Christo,
que vengo resuelto à ser
un Santo à macha-martillo.
Bruno. Es muy grande la aspereza,
los ayunos, y cilicios.
Beltr. Lo que toca à los ayunos
siempre los traigo conmigo,
y no se haràn de rogar;
en los cilicios replico.
Bruno. No hay que replicar. *Beltr.* No hay?
sì hay, y siempre lo ha havido.
No se suele conmutar
la penitencia en oficios
de casa? Pues denme à mì
lo peor, y menos limpio;
hagame à mì cocinero.
Bruno. Ponese à mucho peligro.
Beltr. Pues esse es el merecer,
estàr haciendo platillos.
Bruno. Son de yervas. *Beltr.* Sean de flores:
no hay coliflor en el siglo?
la espinaquita no es yerva?
no es yerva el esparraguito,
que sin beneficio humano
lo hallamos por essos trigos?
Una cazolita de ellos
ahogados, y despues fritos:
lastima les tengo cierto
lo que passan de martirios;
y mas si los ahogamos
con un par de torreznitos,
y ciertas yemas de huevos.
Bruno. Jesus mil veces! què ha dicho?
Beltr. Soy gloton en relacion,
y no ha lugar lo que pido:
bolvamonos à las yervas.
Mas desdichado el cortijo *ap.*
que yo tope, que ha de ser
cada torrezno un cochino,
y cada huevo cien pollos.
Bruno. Hermano, buelvase al siglo;
no es para mi compañia.
Beltr. El no busca la de Christo?
Bruno. Sì.
Beltr. Pues cuerpo de èl, què busca
por los campos, y caminos?
Christo no llamaba à todos?
Bruno. Es verdad. *Beltr.* Desechò ripio
del pecador mas rebelde?
y en el ameno distrito
de un Valle, à cinco mil hombres
diòles bretones cocidos?
no les diò pescado, y pan,
que sobrò para otros cinco?
luego Dios quiere que coman,
pues lo quiere con prodigios.
Y el buen San Pedro, à los ojos
de su Maestro bendito
(diga Padre) no se hartaba
de pescado fresco? digo,
que veràn cosas: tambien
querrà quitarnos el vino?
Pues atengome à las bodas,
donde quitò el mismo Christo
la humeda jurisdiccion
al agua, y le diò el oficio
de Presidente de parras
(que todos somos leìdos.)
Padre, comiendo à mis horas,
ni muy breve, ni prolijo,
ayunando, si pudiere,
y rezando mi poquito,
y queriendo bien à todos,
si me dàn lo que les pido,
espero ser un Apostol
de la Mancha. *Bruno.* Mude estilo,
mude condicion, y trato.
Beltr. Recibeme? *Bruno.* Sì recibo;
mas si le tienta el demonio?
Beltr. Tentarme à mì? somos niños?
entre bobos anda el juego:
à què piensa que venimos?
Bruno. Si le tienta con el mundo?
Beltr. Mire, què puñal buìdo!
no es redondo el mundo, Padre?
pues en llegando falsito
à tentar, con una coz
rodarà el mundo hasta el Limbo.
No dexe caer à plomo
desde arriba, que es mal vicio;
porque si cae, yo me doy
por abollado, y perdìdo;
pero no piense, que temo,
que caiga con edificios.

Bruno. Pues con què? *Beltr.* Con majaderos:
traiga todos sus amigos
el seor diablo, y el so carne,
que no se me dà dos pitos;
no venga èl con majaderos,
y paren, que à todos digo:
hay Avito? *Bruno.* Para algunos
que vienen nos prevenimos
de limosnas, que nos dàn:
entre, que es tan corto el sitio,
que en entrando le hallarà.
Beltr. En entrando me santiguo,
que sino por lo devoto,
por lo obscuro: Otro poquito
me falta que preguntar:
si el Papa, à sus ruegos pios,
confirma su Religion,
què nombre tendrà?
Bruno. Ya he escrito
en mi devocion el nombre:
serà el de Cartuja. *Beltr.* Lindo!
pero si de quando en quando
(no siempre) à ratos perdidos,
viniera una Cartujita
con quien parlar? Mas ya ha dicho,
que es el silencio su Regla.
Bruno. Què dice? *Beltr.* Mil desatinos. *Vase.*
Bruno. Valgame el Cielo! ay de mì!
què barbaro pensamiento
halla escandaloso asiento
en mi alma? No me vì,
aun quando al mundo servì,
tan ciego: ò Señor, què harè?
dònde librarme podrè
de tan fiero, y torpe abismo,
que me averguenzo yo mismo
de pensar, que yo lo sè?
Matilde (ha Cielos!) parece,
que aquella breve centella
muerta en mì, sin luz en ella,
abrasado incendio crece:
todo el Infierno me ofrece
tan desatinado ardor,
y en sugeto superior,
donde tantas prendas veo;
porque hasta en el deseo
sea escandalo mayor.
No miras, que es gran señora?
no miras, que està casada,
su virtud acreditada
con piedad, que muestra aora?
Bruno, que sus culpas llora?
Mas ya, enemigo, entendì,
que aumentas mi fuego aqui
callando, porque has temido,
que por la voz esparcido
pueda apartarse de mì.
Dònde irè sin ir contigo?
que muevo un monte pesado.
Al paño el Demonio, que lo harà Matilde.
Matilde. En Matilde transformado,
los passos de Bruno sigo:
huyò el mundo, y le persigo,
hasta que buelva à caer
para pecar, y ofender
al Cielo, à quien busca ya:
bastante ocasion serà
la vista de una muger.
Bruno. Valedme, Cielos! *Matilde.* Yo llego.
Bruno. Ni el desierto està seguro?
Matilde. Asi su muerte procuro.
Bruno. En la nieve hay tanto fuego?
Matilde. Caiga despeñado, y ciego
en torpe imaginacion.
Bruno. Tan esclava la razon,
siendo del alma señora?
Matilde. Su fuego se aumenta aora
en su misma confusion. *Sale.*
Bruno, si en Parìs me diste
favor::- *Bruno.* O señora!
Matilde. Advierte::-
Bruno. Si el fuego tan cerca estaba,
què mucho que le temiesse? *ap.*
Matilde. Como diste por mi causa
al Conde Rodulfo muerte,
no pude seguir tus passos,
dexando à Francia, ò ponerme
en la sujecion de tuya,
queriendo despues mi suerte
infeliz, y la obediencia
del Rey, que al Duque le diesse
la mano; mas tan forzada,
que padecerè mil muertes
antes que buelva à sus ojos,
de mì aborrecidos siempre,
al passo que yo te estimo.
Bruno. Pues què dices, pues què quieres?
Mira tus obligaciones;

mi-

mira blasones que pierdes;
mira, que asi te destruyes,
y que à todo el Cielo ofendes;
y mira, que à mì que soy
ceniza, que al mundo muere,
no es bien, si elada la miras,
que con tu aliento la quemes:
buelvete, señora. *Matilde.* Es tarde.
Bruno. Què es lo que intentas?
Matilde. Valerme
de tì. *Bruno.* Pues còmo, si aora
es mejor que lo remedies?
Matilde. El delito de ausentarme
ya le cometì. *Bruno.* Bien puedes
decirle, que te perdiste
cazando. *Matilde.* No me aconsejes:
quando adoro tus memorias,
pagas mi amor con desdenes?
si de tu pecho me arrojas,
no me arrojes de tu alvergue,
donde me encubra del Duque.
Entrase por la cueva.
Bruno. Señora, aguarda, detente::-
Es esto posible, Cielos?
pero pensemos, que duermen
los sentidos, porque apenas
con pensamientos crueles
me ofreciò el lascivo amor
à Matilde, porque dexe
el camino de enmendarme,
quando la advierto presente,
que piense que registraba
en lo interior lo mas fuerte
de esta tentacion: Dios mio,
pues yo no puedo, valedme:
huir es lo mas seguro,
que entrò en mi casa la muerte:
pero què nuevos prodigios
turbada vista me ofrecen?
Sale el Duque, y Matilde.
Duque. Passos alentados pide
la devocion; ella mueve
los nuestros; ya tiene casa,
donde dilatarse puede:
porque este desierto junte
à lo terrible lo alegre,
y tenga con lo espacioso
alivios lo penitente.
Matilde. Y para el dichoso Templo,
que labrar el Duque ofrece,
le ofrezco yo de mi parte:
Parece que se divierte,
y el don, que ofrezco, no admite?
serà por no merecerle.
Bruno. No me divierto, señora;
mas si tan piadosa quiere
que el don, que ofrece, reciba::-
Què sueño, què encanto es este? *ap.*
no entrò en la cueva Matilde
huyendo del Duque? *Matilde.* Dexe
suspensiones, y proponga
lo que pide; porque acete
ricos ornamentos, Padre,
que el aplauso lo celèbre,
si para el Divino Oficio
lo humano à lucir se atreve.
Bruno. Yo aceto mercedes tantas;
pero quiero mas mercedes,
pues las ofreciò. *Matilde.* Pues diga.
Bruno. Que afectuosamente ruegue
à Dios, que me libre à mì
de mì mismo. *Matilde.* Pues no tiene
oracion continua, Padre?
Sus compañeros no pueden,
como Angeles de la tierra,
hacer que al Cielo penetren
con peticiones tan justas?
Impropia cosa parece
à muger, que està en el siglo,
pedir que à Dios le encomiende.
Bruno. Mas de lo que piensa importa:
Vuecelencia no me niegue
este favor. *Matilde.* Yo le pido
à Dios tan humildemente,
como sè que es admirable
en prodigios, que le lleve
por sendas de su justicia,
y que persevere siempre
en el celestial camino
que sigue: que Dios le cuente
en el numero escogido
de los que la Iglesia tiene
canonizados por Santos.
Bruno. Permita, que humilde bese
sus plantas por tal favor. *Arrodillase.*
Matilde. Levante, Padre. *Bruno.* Parece
que mi fuego le ha templado *ap.*
la materia que lo enciende.

Dent. Dem. Venciste, Bruno, venciste.
Duque. Què voz los aires suspende?
Bruno. Ya te conozco, enemigo; *ap.*
Dios venciò, Dios solo puede.
Serà de algun Cazador,
que echa por el monte redes
para animalejos simples,
que en su descuido los prende.
Sale un Cazador.
Cazad. El Rey bolando una Garza
al Valle frondoso viene
con la Princesa. *Duque.* Lleguemos
à recibirle, pues quiere
su buena dicha, que el Rey
venga para honrarle, y verle.
Matilde. Entre à llamar entre tanto
à sus compañeros fieles,
que le siguen como à norte;
porque à descansar los lleve
de los naufragios del mundo,
à donde vivan, y reynen. *Vanse.*
Bruno. Ellos me sirven de guia,
de ellos mi rudeza aprende:
què alegre voy à llamarlos!
que tambien el Cielo quiere,
que en los trabajos del cuerpo
no estèn los rigores siempre
sin algun alivio: en casa
mayor viviràn alegres,
templando la penitencia,
porque mejor perseveren.
Al querer entrar en la cueva sale por ella el Demonio en figura de dragon.
Cielos, què miro? mas ya
conoce el alma quien eres,
disfrazado habitador
de aquella morada ardiente,
donde las penas se doblan
al passo que se padecen.
Si la entrada me resistes,
mira que es un Cielo breve,
que hombres Angeles la habitan;
y à tì, pues el Cielo pierdes,
obscuros abismos toca,
para que los vivas siempre.
Si ya te vence una voz
en la virtud del que vence,
còmo à ofenderme te arrojas?
còmo à esperarme te atreves?
Mas tù me veràs armado
de la que rompiò tu frente,
pues con ella muerto Christo,
venciò, y destruyò la muerte.
Hace de unos ramos una Cruz.
De este laurèl la he formado:
ò quàn buena sombra tiene!
pues à su amparo, tus rayos
son exhalaciones leves:
huye, dragon. *Demon.* Mal resisto
la que temì tantas veces:
si à Christo sigues, què mucho,
que con sus armas me vences?
Hundese echando llamas.
Bruno. Vencerà aquesta señal
todo el Infierno. *Sale Beltràn de Donado.*
Beltr. Què quiere,
Padre, pues la Cruz me enseña?
No soy Donado silvestre,
con barruntos de lagarto,
hecho un santo penitente?
Mireme bien, que no soy
el demonio que le tiente:
Beltràn soy, sin alquitràn,
ni resina, considere,
que me bauticè en la Mancha,
con ser lugar sin aceite,
y que fueron mis Padrinos
Juan Cayofo, y Cosme Perez;
la Comadre Inès de Arenas,
y el Sacristan Tribulete.
Padre, està en muda, responda?
entre amagos no se entiende
callar tanto de una vez,
aunque el silencio professe.
Què dice? si vì el demonio?
yo soy poco entremetido:
es el otro mi pariente,
para que yo le visite? *Hace señas Bruno.*
Què dice de seis, ò siete?
la Oracion del Huerto? no:
pues què dice? que me acueste?
hable, cuerpo de San Cosme.
Bruno. Asi quiero que se enseñe *ap.*
à callar: entro à avisarles. *Vase.*
Beltr. Que sin responder me dexe!
la Cruz me puso delante:
una de dos; ò èl me tiene
por demonio, ò ahorcado;
pe-

pero ahorcado ſin gente?
ſino es que me ahorque yo
por mi devocion adrede:
mas los demonios no comen:
yo no como; pues bien pueden
penſar que ſoy Bercebù
hecho, y derecho: ſi fueſſe
tal mi dicha, como dàn
comiſsiones diferentes
à los demonios, que ſalen
para que à los hombres tienten;
crea el ſeñor Lucifer,
que de quantos ſe le buelven
tentadores chavacanos,
que andan hechos mequetrefes,
que el demonio chapeton
ſi un quarto de hora ſe vieſſe
entre aſſadores, y ollas,
que todo un barrio traſcienden,
crea que no me empachàra
en peregiles, ni pebres. *Vaſe.*

Sale Bruno. O Monges compañeros!
bellisſimos luceros:
ya eſpero que algun dia
ſereis luciente guia
en las tinieblas en que el mundo vive,
ſu penitente vida el Cielo eſcribe.

Den.Dinèo. Bruno. *Brun.* Valgame el Cielo!
què voz medroſa en el tegido velo
del pardo boſque ſuena,
doloroſo teſtigo de mi pena?

Dinèo. Bruno. *Bruno.* Si es lo que veo
la imagen eſpantoſa de Dinèo?

Aparece Dinèo rodeado de llamas.

Dinèo. Bruno, eſcucha, advierte:
Por mandado de Dios eterna muerte
padezco; mi ſobervia loca, y vana,
limitò la Juſticia ſoberana,
y deſpeñème yo, como el lucero,
q̃ trueca en ſõbras el reſplandor primero,
de quien el Alva, y Sol, aun no formados,
de rayos coronados
fueran ſimples boſquejos, ſõbras fueran,
como en preſencia de Querub ſe vieran.
Perdiò toda eſta luz deſvanecido,
ſobervio ſiempre, nunca arrepentido;
y como mi ſobervia (loca empreſſa!)
ſaliò de la turqueſa
del que ha de padecer eternos dias;
parece que ſus penas ſon las mias,
y que por ſer ſobervios los intentos,
nos han ſervido à entrãbos ſus tormẽtos.
La palabra nos dimos, Bruno, un dia,
que al mundo bolveria
quien murieſſe primero
à vèr al otro (què tormento fiero!)
ya yo te la he cumplido,
grangèa humilde lo que yo he perdido,
ſirvate mi exẽplar de aſſombro, y miedo,
que es lo que darte puedo,
ſi hay bien alguno en los q̃ eſtàn precitos,
porque ſon mis tormentos infinitos.

Bruno. Tan grandes ſon? *Dinèo.* Si fueran
tan ligeros, que apenas lo ſintieran,
baſtàra, para ſer ſu mal terrible,
perderſe la eſperanza en lo impoſsible;
mas ſon tales las penas del Infierno,
que compite lo ardiente con lo eterno.
El fuego material, que ſe eterniza
en la parda ceniza,
en que reſuelve un monte peña à peña,
que tanto horror enſeña
à los mortales ojos de los hombres,
es con el que padezco (no te aſſombres)
Aura ſuave, que en las flores vive:
ni el labio alcance, ni la pluma eſcribe
(aunque del ingenio ſe remonte el buelo
con eſtudio, y deſvelo)
una ſõbra, un boſquejo, un raſgo, un punto
del que eſtoy padeciendo.

Bruno. No pregunto
tan eternas deſdichas.

Dinèo. Velas obras, ſi las temes dichas;
aunque todo es amago, y es pintura
de aquel tormento que por ſiglos dura.

Hundeſe todo, y ſalen el Rey, Margarita, Matilde, el Duque, Celia, y acompañamiento.

Duque. A la falda de eſte monte
ſe vè la cueva. *Rey.* Llamemos,
que alli ſe deſcubre un hombre.

Duque. Bruno es, ſeñor. *Brun.* Ya ha llegado
el Rey? dexad que me poſtre,
gran ſeñor, à vueſtras plantas.

Rey. La Mageſtad reconoce
por mayores las virtudes:
Angel ſois, que no ſois hombre:
celeſtial es vueſtra vida;

no

no hay verdad que mas me informe,
que haver despreciado el mundo,
y querer humilde, y pobre
tener por casa una cueva,
y tener por patria un bosque:
venid, que he de acompañaros.

Bruno. Pues còmo? *Rey.* Venid, à donde
os señala casa el Duque;
que no es razon que le estorve
lograr tan justos deseos,
si el Cielo asi lo dispone.

Matilde. Padre, no es bien que se escuse,
quando ya el gusto conoce
del Rey: y quando estuviera
en mas distante Orizonte
la casa que le señalan,
passando incultas Regiones,
donde el Sol fuera estrangero,
fieras sus habitadores, *Suena Musica.*
yo tambien le acompañàra.

Margar. Dulces instrumentos se oyen,
y por el aire esparcidas
suenan celestiales voces.

Rey. Maravilloso prodigio!
Cielo se convierte el monte.

Musica. Recibe el favor del Rey,
porque en su amparo se apoye
el mas glorioso principio,
que han admirado los hombres.

Bruno. Mi obediencia es la respuesta.

Rey. Bien es que los buenos se honren.

Aparece un Angel en un Trono de Gloria.

Angel. Carlos (à quien llama el mundo
por tu piedad, y justicia,
Christianissimo, heredando
la sangre, y nobleza antigua
de aquel grande Clodovèo,
à quien el Cielo eterniza,
dandole las Lises de oro,
que tantos favores cifran)
por la proteccion, y amparo
de Bruno, el Cielo, que estima
piedad tan heroica, quiere
que te alegres en las dichas
de tu hijo, pues bolviendo
(despues que diò à Margarita
mano de esposo) à librar
de tan nuevas heregìas
dos Provincias de tu Reyno,
(que los Arrianos, y Husitas
inficionaban) juntando
con valor; y con Fè viva
Catholicos Esquadrones;
oy ha dexado teñida
la temerosa campaña
en fiera sangre enemiga,
con la victoria mayor,
que las Historias publican.

Rey. A tan altos beneficios,
bien es que el alma se rinda
agradecida, y humilde.

Angel. Bruno, tu guarda, y tu guia
soy: parte à Roma, que el Papa
tiene ya por mì noticia
de los heroicos deseos
con que à Dios te sacrificas;
y ha de confirmar tu Regla
en tan penitente vida.
Y para que entienda el mundo
con què principio caminas;
mirad, los que estais presentes,
prodigiosas maravillas
de estas Estrellas de Francia,
de quien el Sol tiene embidia.

Descubrense en seis nichos de yerrvas los seis Monges con diferentes penitencias, y sobre sus cabezas una Estrella, y otra sobre la de Bruno.

Bruno. Venid, Angeles humanos,
que el mismo Rey os combida,
y el Duque os ofrece casa. *Cierrase.*

Beltr. Y en essa casa hay cocina?

Bruno. Calle, hermano. *Beltr.* Una palabra
me falta no mas. *Bruno.* Pues diga.

Beltr. Que es tan medroso el Poeta,
aunque su humildad le rinda,
de vèr que en tan rudos versos
tantas Estrellas se eclipsan.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1762.